

ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL PALACIO DEL BAILE

penitimiento, echóle en cara todo el odio que por él sentía y todo su desprecio.

José encogióse de hombros. Su deporte favorito era el "chantage".

—Si antes de media noche no me trae una fuerte suma a cambio del retrato, no vacilaré en proovear el escándalo.

Lady King, enloquecida, prometió ejecutarlo; pero había alguien que había asistido, sin querer, a esta escena: era Jane, la pequeña bailarina, cuyo corazón languidecía de amor.

Fuese al domicilio de José para intentar apoderarse de la peligrosa fotografía.

Algunos instantes después, volvióse a encontrar allí con Tony, que, celoso, había seguido, y con lady King, que había ido también, con la intención de hacer desaparecer la prueba de su falta.

Jane no traicionó el secreto que había sorprendido, y lady King exclamó cobardemente:

—Si he venido a esta "garçonnière", ha sido para probarle que Jane y José se burlan de tu credulidad.

La pequeña bailarina estuvo a punto de decir toda la verdad para salvar su amor amenazado; pero con una grandeza de alma sobrehumana, callóse, prefiriendo esto a que Tony se enterara de la falta de su madre.

Y lady King salió, llevándose a su hijo.

Sin embargo, Jane, que parecía no ser insensible a los requerimientos de José, quedóse en la "garçonnière" y consiguió apoderarse de la fotografía.

Antes de las doce de la noche llegó lady King con el dinero exigido por el pseudocónde de Saint Alban. José triunfaba. Mientras iba a buscar la fotografía comprometedora, que aquella noche iba a valerle una suma bastante redonda, Jane, que había cogido momentos antes aquella fotografía, entregósele a la culpable. Pero José se apercibió de aquellos ma-

do, lady King recomendó al director del "Palacio del Baile", que prometió contratarla como bailarina profesional.

A este efecto, Jane fué convocada, algún tiempo después, en el domicilio del bailarín primero, José, encargado de dar cuenta de sus cualidades.

Este bailarín, depravado y cínico, reconoció que Jane era extremadamente bonita y susceptible de recomplazar inmediatamente a una de las profesionales del "Palacio del Baile", que, precisamente, acababa de casarse.

Sin embargo, Anthony, el hijo de lady King, no soñaba más que en la pequeña Cendrillon.

Cada día, venía a encontrarla al "dancing", y como ambos se adoraban, formaban proyectos maravillosos.

Pero ¡ay!, lady King trataba cuidadosamente de evitar que su hijo se casara con una plebeya, y resolvió poner fin a este enamoramiento que no le convenía.

Anthony no quiso saber nada de cuanto le decía su noble madre, y desesperada, fuése al "Palacio del Baile", haciendo llamar a Jane al despacho del director.

—Señorita, usted no se casará nunca con mi hijo. Arrégleselas de forma que no le vea; si no, el director la echará a usted de aquí.

Jane salió, con la muerte en el alma, de la oficina, y cuando, algunos minutos después, lady King paría también, encontróse bruscamente en presencia de José, el bailarín primero del establecimiento.

Lady King estuvo a punto de desmayarse a la vista de este hombre que estaba ante ella, a quien hasta ahora lo había tomado por el conde Alban; un hombre que había sabido triunfar con ella y arrancarle una fotografía con una dedicación tan tier-na, como comprometedora.

Temblando de vergüenza y de arre-

Aquella noche, la muy noble dama lady King había organizado una fiesta de beneficencia en el "Palacio del Baile", a la sazón uno de los más suntuosos establecimientos londinenses.

En la calle y frente al Palacio, resplandeciente de luz de tonos varios de múltiple policromía, un vigilante nocturno, de aspecto enfermizo, había instalado junto a un brasero, y algunos instantes más tarde, su hija Jane le llevaba el escaso yantar.

Mientras sacaba las vituallas de su cesta, admiraba la riqueza de los coches que sin interrupción discurrían llevancó parejas felices...

¡Lo que hubiera dado la pobrecita por entrar en aquel templo maravilloso y poder bailar!

Jane era menudita, pero tan bonita al mismo tiempo, que a pesar de todo, los invitados mirábanla al pasar.

Al llegar lady King, ostada su cabeza por una soberbia diadema digna de una reina, se le anunció que la célebre "vedette" Frisicé Braganza, que debía interpretar "Cendrillon", había sufrido un accidente y que no podría venir. La gran señora estaba desolada, pero su hijo Anthony, que la acompañaba, exclamó:

—Mamá, acabo de fijarme en una jovencita que hay frente a la puerta, que haría un "Cendrillon" maravilloso. ¡Es mucho más bella que la famosa Frisicé!

Como era necesario tomar una resolución inmediata, se le propuso a Jane aquello, y la pobre muchacha creyóse por un momento estar en un paraíso encantado.

Las luces, la música y los cientos de parejas entregadas al dulce placer de la danza habíanla dejado un tanto aturdida. Anthony había bailado con ella, y durante una hora, la humilde hija de un vigilante nocturno había sido la danzarina del hijo de lady King y de sir William King, juez famoso en todo el Reino Unido.

Para darle las gracias de algún mo-

—Pero ¿amas a alguno de los mozos del pueblo?

—No, madre mía; pero, ¿cómo he de fijar en nadie mis ojos, si el juramento de José pesaría constantemente sobre mí? ¿Cómo he de hacerme cómplice a un delito?

Ana inclinó la frente y vertió algunas lágrimas que se perdieron a lo largo de sus mejillas.

—Continúa—dijo la madre, llorando también.

—El placer de mis amigas me puso más triste; pero yo procuraba serenarme poco a poco, para que no te apercibieras de nada, madre mía. Anteayer, en el mismo sitio y a la misma hora, José me repitió su juramento; ayer hizo lo mismo, y hoy también.

—¿Cuándo?—preguntó la madre con ansiedad.

—No me lo han dicho sus labios, pero me lo han dicho sus ojos al entrar.

—¡Oh! Es necesario decirselo al cura, para que le corrija en la primera confesión.

—No, madre mía; al contrario, si lo supiese se vengaría en mi objeto más querido, en mi misma persona quizá.

—¡Y yo que quería tanto a José!

—Yo también, madre; pero ya sabe usted que es díscolo y altivo, que cumple lo que ofrece y que los mozos le llaman el "traidor".

—¡Vaya por Dios! ¿Conque es decir que por ese diablejo has de privarte de hacer tu voluntad?

—Sí, madre mía; pues me bastará poner los ojos en un hombre a presencia suya, para causar su muerte. ¡José es muy capaz!

—Pues mira, no vuelvas a ir a la montaña.

—Ya sabe usted que es mi alegría.

La madre guardó silencio, sin atreverse a contrariar la voluntad de Ana. Al mismo tiempo oyéronse grandes carcajadas por la parte de afuera, y la puerta, suavemente empujada por la mano del alcalde, cedió al fin.

En la calle oíanse los monótonos preludios de la dulzaina y el tamboril. Ana se enjugó rápidamente las lágrimas y corrió a ponerse la toca.

La madre salió a la puerta.

José, apoyado en el quicio, se sonreía de una manera especial.

En primer término se veía al síndico, con su capa de color de pasa; detrás veían el regidor, con sus polainas de paño azul fino; el alcalde, el señor cura y el alféitar del lugar.

También estaba allí el barbero; pero la rara mezcolanza de su traje merecía una descripción.

El barbero, como las dores trasplantadas desde América a España, era un ser llevado de Andalucía a Galicia por la mano de la suerte.

Tenía tal agilidad en sus piernas, tal movilidad en su rostro, tal viveza en sus ojos y tal destreza en sus manos, que nadie le hubiera echado más de veinticinco inviernos cuando manejaba las tijeras o frotaba las navajas sobre la piedra de afilar.

Jamás la cítara ni el arpa sonaron con tanta armonía como una guitarra pulsada por él, ni gitano alguno dió más inflexión a su voz que el tal barbero cuando, a petición de las gallegas, cantaba el  *fandango* , la  *rondeña*  o la  *soledad* .

Su rostro era encendido, como una botella de ron vista al trasluz.

des y a los mozos y mozas que tenía a su alrededor, tomó de la mano a Claudio y le presentó al señor cura.

Sus ojos, sus cabellos y sus largas pestañas, rubias como las de su madre, brillaban de una manera extraordinaria.

Sus piernas, largas y delgadas, tenían, con relación a su cuerpo esbelto y delicado, esa desproporción natural del niño que va haciéndose hombre.

Claudio era modesto en su porte, mesurado en sus palabras, oportuno en sus sonrisas, digno en su mirada y respetuoso en todo.

El señor cura le dió una palmadita en el rostro, y volviéndose a Uacista, dijo:

—¡Honibre! ¿Este señorito es hijo de usted? Amigo... buen mozo, buen mozo.

—Usted me favorece, señor cura—repuso Claudio, besando la mano del venerable sacerdote.

—No, hijo mío, no; es justicia. Conque, señor don Alejandro, monte usted de nuevo en su mulita y vámonos para allá.

—¡Oh! De ningún modo—advirtió Uacista—. Yo tendré mucho gusto en que todos vayamos a pie.

—No lo permito; no, señor. Usted viene cansado, y justo es que vaya lo más cómodo posible. Nada, suba usted, y andando, que no soy amigo de cumplidos.

—Yo tampoco; y le suplico sinceramente que me deje así. Claudio y yo vamos mejor con ustedes.

—Pues, señor, sea lo que usted quiera.

El señor cura hizo señas a los mozos para que se pusieran en marcha.

—Así el pueblo me será casi conocido a mi llegada—continuó Uacista, marchando a la izquierda del sacerdote—. Usted me hará el obsequio de imponerme en sus clases, sus costumbres, su vida, para que yo pueda identificarme con ellas lo más pronto posible.

—Pues empiece usted por girar la vista en derredor suyo.

—Ya veo, ya veo que nos rodea lo más escogido del pueblo.

—Mire usted: el señor es el alcalde y el labrador más rico del pueblo. Ahí tiene usted a su esposa; es una mujer honradísima y una buena madre.

La señora Antonia se sonrió bondadosamente, y dirigiéndose al señor cura, exclamó:

—Don Angel, ¿qué dice usted de mí?

—Que es usted muy mala y muy cascarrabias.

Y el sacerdote lanzó una alegre carcajada.

—¡Ven, Ana, ven!—dijo después, alzando la voz y señalando al corro de las mozas del pueblo.

Ana se acercó con timidez y encendida como una rosa de mayo.

—Señor don Alejandro—añadió el cura, tomando una de las manos de la muchacha—, aquí tiene usted a la hija de esos dos picaronazos. Pero, como usted ve es muy fea y muy descarada.

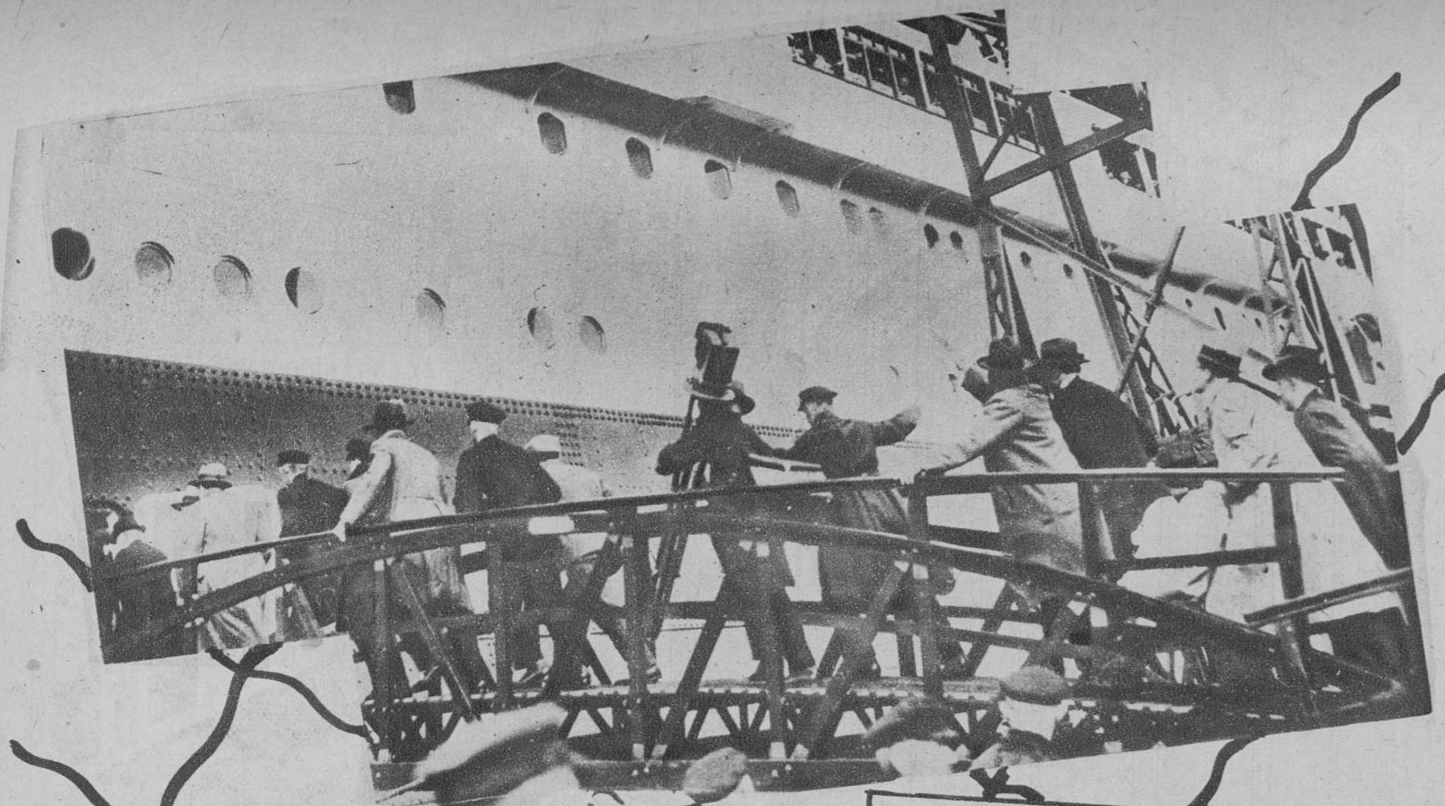
—¡Vamos, señor cura!—balbuceó la joven con cariñosa entonación.

Al decir esto, levantó sus ojos hacia Alejandro y los volvió a bajar.

—¡Hermosa criatura!—murmuró Uacista.

—¡Ah! ¡Es una perla! ¡Usted no sabe lo buena que es! Nunca está más alegre que cuando reparte en limosnas todos sus ahorritos. A pesar de las riquezas de su padre, es modesta, hacendosa, formal, honrada y generosa. Su distrac-

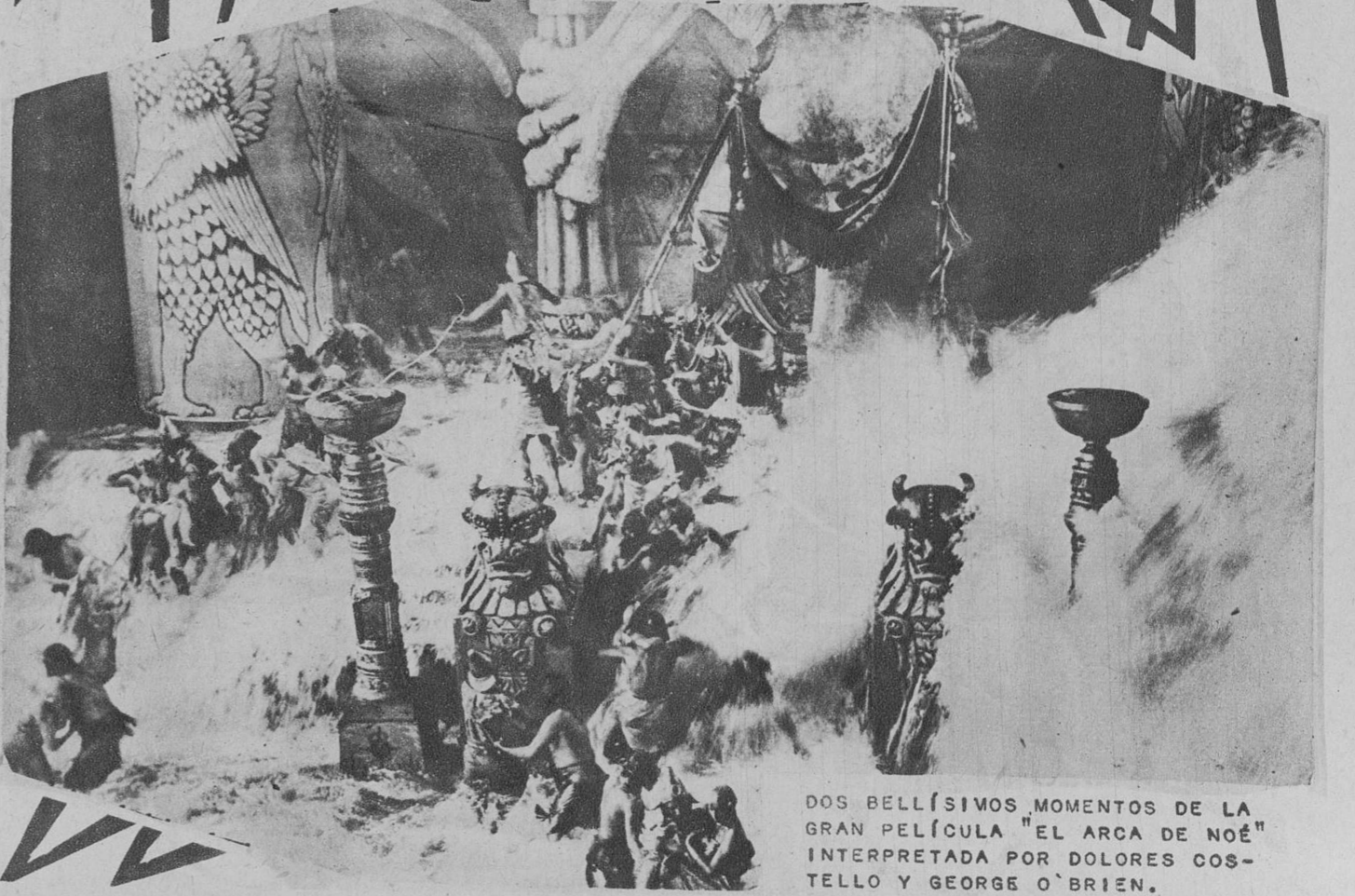
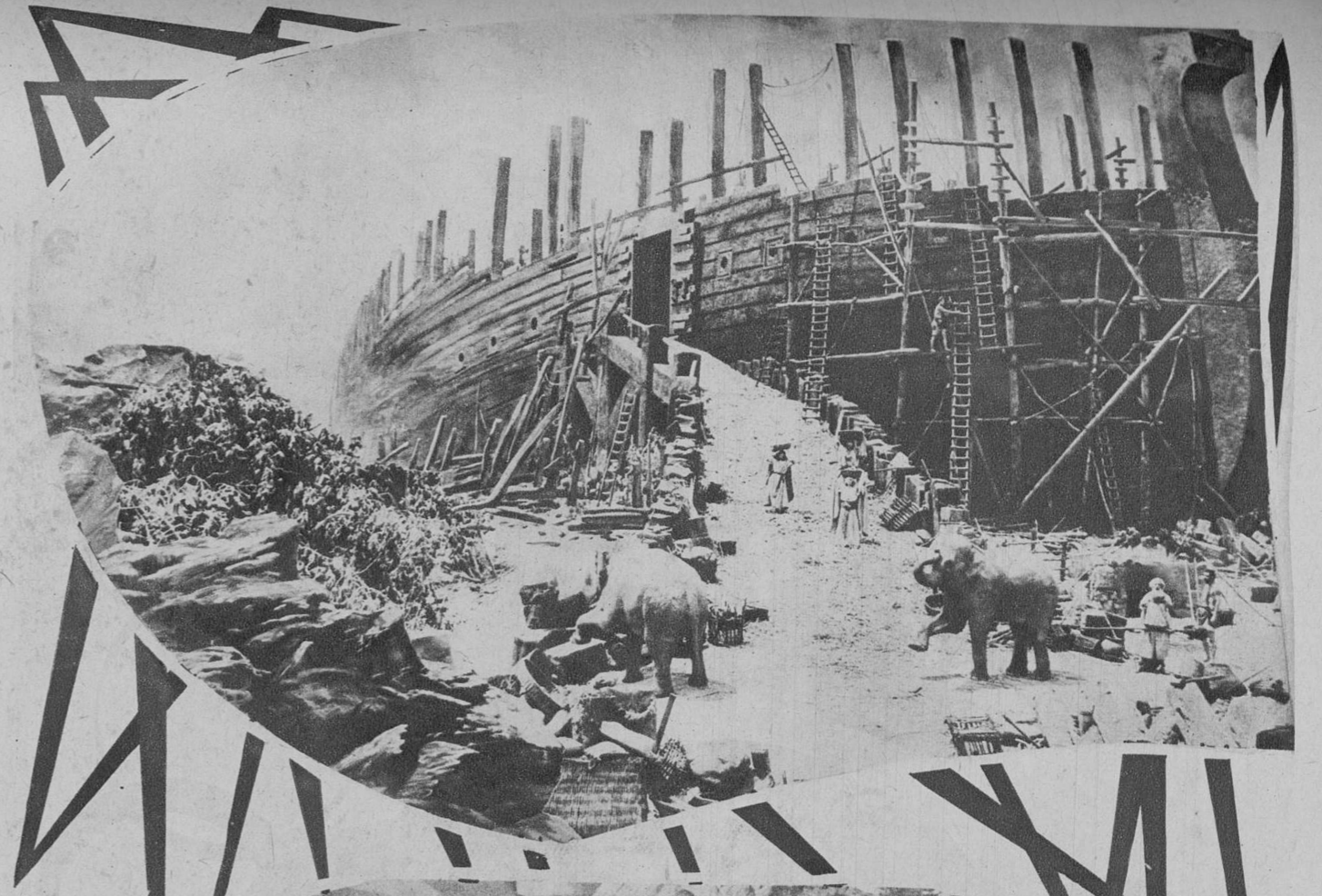
ción de José se apercibió de aquellos ma-



EMIL JANNINGS, EL FAMOSO ARTISTA ALEMÁN, AL EMBARCAR EN CUXHAVEN.



EMIL JANNINGS Y GUSSY HOLL A SU LLEGADA A BERLIN.  
(FOTOS SCHERL)



DOS BELLÍSIMOS MOMENTOS DE LA GRAN PELÍCULA "EL ARCA DE NOÉ" INTERPRETADA POR DOLORES COSTELLO Y GEORGE O'BRIEN.

# JUEVES CINEMATOGRAFICOS

DE  
El Dia Grafico

Num: 116  
30 Mayo 1929



LORETA YOUNG  
LA NUEVA ESTRELLA DE  
LA FIRTS NATIONAL.



MISS ANNA MAY WONG, LA  
HERMOSA ESTRELLA CHINA,  
QUE GUSTA LOCAMENTE DEL  
DEPORTE HÍPICO, CON SU  
CABALLO FAVORITO, DURAN-  
TE SU ESTANCIA EN SEVE-  
NOAKS. (FOTO KEYSTONE)

# JEAN MURAT

## A PROPOSITO DE "VENUS"

En un auto, elegante y rápido, y previo un sabio viraje para no atropellarme, para ante mí Jean Murat, al que no había visto hacía tiempo.

Londres, Berlín, Nice y París han ido paulatinamente llevándose, gracias a los ventajosos contratos que se le han hecho desde todos esos puntos. Por otra parte, hay que reconocer que Jean Murat es el hombre de los viajes, de los trenes, de los barcos, del cambio perpetuo, del movimiento continuo, está a la vez en todos los sitios, y su actividad es inagotable. Hace apenas unas semanas que se ha terminado "Venus" y ya ha rodado Murat un nuevo film en Niza; se fue ocho días a Berlín, y ya de vuelta en París, me declaraba al día siguiente, por teléfono:

—Si no firmo nada, me iré a Inglaterra o a Niza; todo, menos que darne inactivo aquí.

Sin embargo, firmó, y he aquí por qué "Broadcasting", que actualmente rueda, me ha permitido volver a ver un poco más a este muchacho de extraordinaria movilidad, de inagotable dinamismo.

—¿No siente fatiga?

—Si un poco; pero no por los viajes, sino por las carreras que tengo que dar siempre que me decido a quedarme en París; es espantosa la cantidad de cosas rezagadas que a uno le esperan, le sorprenden y le ocupan todo el tiempo...

nejos y saltó como un tigre para apoderarse de "su pieza de convicción".

—Devuélvame esa fotografía—exclamó, y cogiendo a la bailarina, la retorció el brazo.

Lady King precipitose a su vez sobre el bailarín, y este y las dos mujeres formaban un confuso grupo, cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!—exclamó, con toda la fuerza de sus pulmones, Jane, que parecía descomparar un socorro inesperado.

No se había equivocado. La persona que entró en la habitación no era otra que Tony. Este había decidido tener una última explicación con

—¿Y "Venus"?

—¡Oh, un encanto! Un hermoso papel en un hermoso film, y, Constante Talmadge fue una compañera deliciosa, fina y espiritual...

Jean Murat parece animarse repentinamente y empieza a hablar evocando recuerdos de Niza, Orán, Argel... todo desfilando ante sus ojos, y hasta los nombres de todos estos sitios, pronunciados por él, tienen algo de musical y una cálida poesía, según las inflexiones dulces de su voz, que, no obstante, sabe tomar su tono rudo y su buen muchacho, para preguntarme de pronto:

—Bueno... ¿París? ¿Y los estudios? ¿Qué pasa por aquí? ¿Continúan siendo tan hermosas sus miradas, ¿y el cielo tan grisáceo? ¿Y los autos? ¿Continúan escribiendo obras psicológicas? ¿Sí? ¡Bien!... Ya ve usted; mis ausencias no impiden ni que la tierra siga dando vueltas, ni que las gatas vivan igual; por consiguiente, ¡vívamos! Tomemos lo que se nos ofrece, sonriendo; seamos buenos camaradas, sin dispersarnos demasiado... ¡vívamos, rodemos por el mundo!...

Pero en el auto que ahora nos conduce, siento un poco de miedo, lo confieso, ya que Jean Murat, aunque no se haya salido mucho de sus casillas, no vuelve a quedar tranquilo del todo más que a fuerza de rodar, como él propone; además, aquella

Jane. Vió como las dos mujeres se detendían contra José, y acudió presuroso a socorrerlas.

José, muerto de espanto, escarpó y creyó ponerse al abrigo de toda persecución, subiendo a la céntrica del Palacio.

Apajo, la fiesta estaba en su período álgido; era precisamente la noche de gala en el "Palacio del Baile", y militares de parejos evolucionaban en el inmenso hall, resplandeciente de luces. Bien ajenos estaban de que sobre sus cabezas se libraba un duelo sin gracia ni chateau, entre dos hombres.

Tony había, en efecto, perseguido a José por la céntrica en donde se había

tarde no sé qué me ocurre, pero es lo cierto que no me siento bien, lejos de París; motivo por el cual prefiero detenerme en un salón de té. Antes de entrar en él, miramos la vitrina de un librero; a Murat le gustan mucho los libros. ¿Qué tiene eso de extraordinario para un hombre que viaja tanto como él? "El que mucho ha leído, mucho ha retenido"—dice un antiguo proverbio—; pero podemos añadir de nuestra cosecha propia, que "el que mucho ha viajado, mucho ha podido observar". Los viajes han dejado en el espíritu del artista que nos ocupa una profunda impresión, a la que ya estaba predispuerto, por un don natural de psicología y análisis. Su intelectualidad es de contornos sencillos, pitante, burlesca, profunda, sin ser demasiado incisiva, sin embargo, y suficientemente afinada para permitir que su vida tome un curso interesante e inteligente... "Magia negra" dice uno de los títulos que tenemos a la vista... "China es un país de ensueño" afirma otro... "Alejarse" suspira el teatro; y teniendo miedo a que esta especie de llamada o conjuro repercuta en el espíritu de Jean Murat, antes de que pueda darse cuenta exacta, le he arrastrado hasta el salón de té, en cuya entrada nos encontramos, envueltos y casi atormentados por los horizontes acordes de un endiabrado jazz...

J. LENOIR

retirado, y había logrado darle alcance. Pero en aquel momento, cedió uno de los cuadros de cristal, y desde una altura de treinta metros cayó José, estrellándose contra el pavimento. No pudo pronunciar ni una sola palabra, a pesar de los esfuerzos que hizo: la muerte se lo impidió.

Lady King comprendió, por fin, toda la grandeza de alma de la pequeña bailarina, que no cesaba de repetirle:

—Tony no sabrá nunca nada... ¿Quiere usted darme un poco de su cariño?... Entonces, volvió Tony al lado de ellas, y su madre depositó en sus brazos a la humilde bailarina, a la pequeña Jane, tan digna de él.

No era alto ni bajo, grueso ni flaco; pero llevaba con tal garbo y tal donaire su capa de corta esclavina y vueltas encarnadas, que dejaba muy atrás en el grupo a los hijos del Puerto y de Jerez de la Frontera. Llevaba un sombrero de copa, antiguo, alto, raído y derribado graciosamente desde la coronilla a las cejas. Sus sonrisas, sus palabras, sus modales, todo él formaban un extraño contraste con los gallegos, que a su lado parecían cansados de vivir. —Señora Antonia, para servir a usted—dijo el barbero desde la puerta—. ¿Y Anita? —Ya vendrá. En aquel instante, Ana salió de la casa, entregó las llaves a su madre y besó la mano al señor cura. La comitiva se puso en marcha poco después. ¡Qué ajeno estaba Alejandro, tan modesto, tan sencillo, tan acostumbrado a las lágrimas y a la soledad, de la recepción que iba a tener.

### CAPITULO III

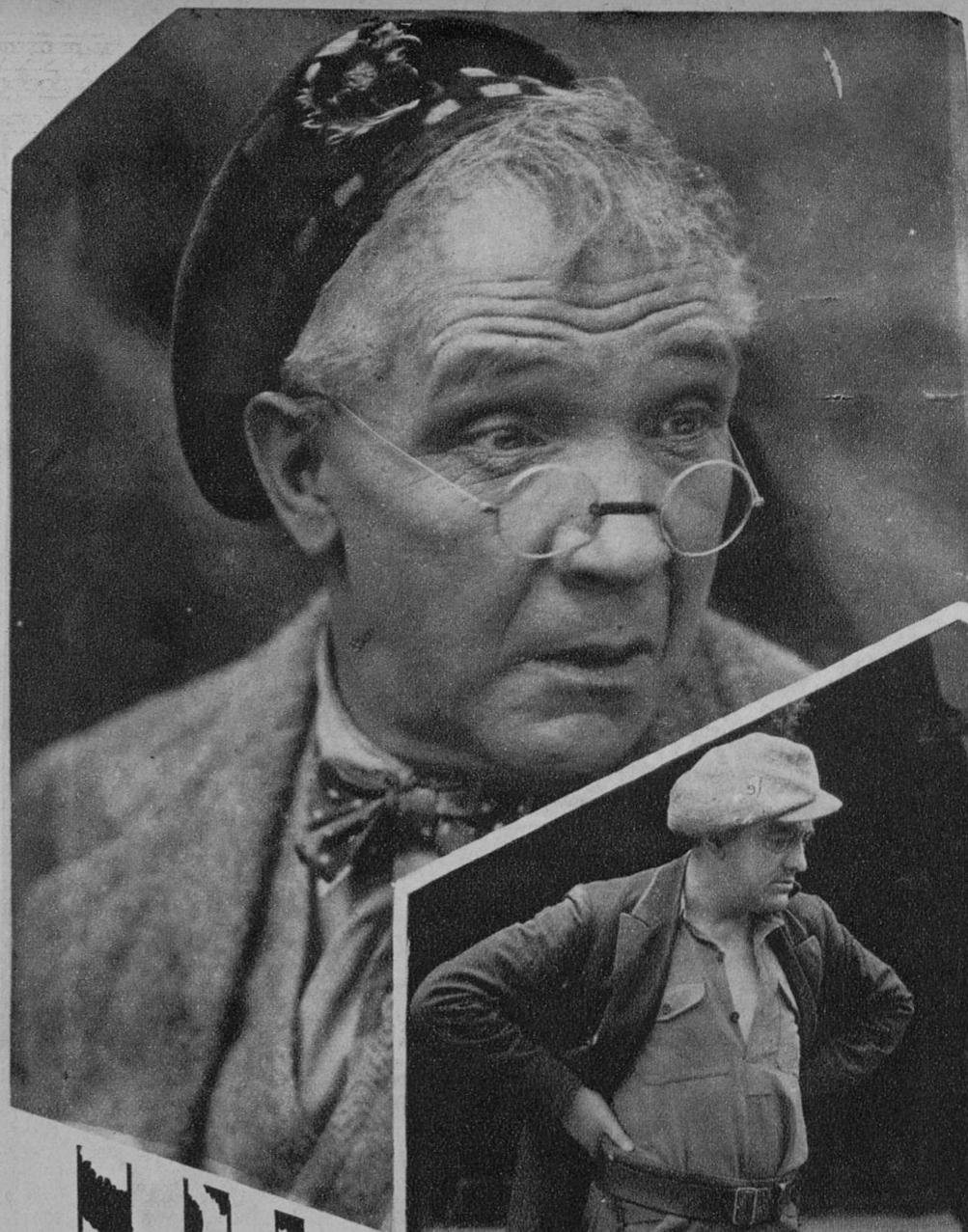
#### Llegar con buenos auspicios

El sol caminaba hacia su ocaso. Las montañas aparecían teñidas con los refulgentes colores del crepúsculo. Mil nubes de grana, replegadas sobre el Occidente, servían de lecho al astro moribundo. Las aves cantaban entre los árboles. El perfumado viento de las praderas oreaba el rostro de los montañeses que, coronando todas las alturas, esperaban a Uacista. La impaciencia era general. En un repecho sombreado de árboles y próximo al camino se encontraban el señor cura, el alcalde y la señora Antonia. Ana estaba en compañía de las mozas del lugar. José, sentado en la cúspide de una roca lejana, con el codo apoyado en la rodilla y la frente en la mano, parecía entregarse a las sombrías reflexiones de su inmensa pasión. Por el camino se distinguió al fin un viajero, jinete sobre un magnífico caballo. A la voz de alarma dada por el alcalde, todos se agruparon alrededor del señor cura, con la precisión de un solo hombre. El que se acercaba les saludó con la mano y siguió su camino. —¡No es él!...—dijeron a la vez. Y comenzaron a perder la esperanza de que Alejandro llegase antes de la noche.

—¡Muchachos, muchachos!—dijo el alcalde cuando todos se retiraban cabizbajos—. ¿No veis allá, muy lejos, una porción de gente que avanza sobre el camino? —Yo no. —Yo sí. —¿Hacia la izquierda? —No, a la derecha. —Ya los veo, señor alcalde. —E! debe ser. —Pues en marcha. —Sí, en marcha. Todos los aldeanos descendieron alborozados y alegres por la montaña, hasta internarse en el camino. José marchaba detrás. Iba pálido, reflexivo, reconcentrado, con los ojos fijos en Ana y arogando constantemente los suspiros que los celos arrancaban de su alma. José, receloso como la traición y cobarde como ella misma, se ocultaba de cuando en cuando entre los jarales que festoneaban el camino, o se entretenía en cortar las ramas de los abetos, las hojas de los árboles y cuantas hierbas encontraba a su paso. Absorto por su pasión, no pudo apercibirse en los primeros momentos de lo que hacían los demás. Estos, apenas se convencieron de que los bultos que habían visto a lo lejos eran los vecinos de la inmediata aldea, agitaban en el aire sus monteras y sus sombreros, saludándoles con regocijo y alegría. Los que llegaban les contestaron del mismo modo. En el centro de aquel grupo, y destacándose sobre la entusiasta multitud, caminaba un hombre, joven aún, pero pálido y triste, y llevando un niño a la grupa. Ambos venían montados sobre una mula de paso, ricamente enjaezada. Al acompasado movimiento de su cabeza, las campanillas de su collar resonaban alegremente en la montaña. Al encontrarse todos, el jinete levantó entre sus brazos al adolescente, que saltó a tierra y desmontó también. Entonces se quitó el sombrero, y llevando la mula de la mano, se aproximó al señor cura. —Ahí tienen ustedes al señor médico—dijo al propio tiempo un aldeano. En efecto, los recién llegados eran Uacista y el hijo de Marta. Uacista hallábase lo mismo que nuestros lectores lo dejaron, a excepción de sus cabellos, por entre los que ya asomaba alguna cana prematura. Por lo demás, su rostro tenía la misma palidez, sus ojos el mismo brillo melancólico y dulce a la par, y sus labios la misma sonrisa de bondad. Parecía, no obstante, mucho más triste, más reconcentrado. A pesar del alegre recibimiento que le hicieron, Uacista no se conmovió, pero tampoco dió pábulo a queja alguna, porque se mostró con todo cortés y agradecido en alto grado. Después de saludar con visibles muestras de respeto a las primeras autorida-



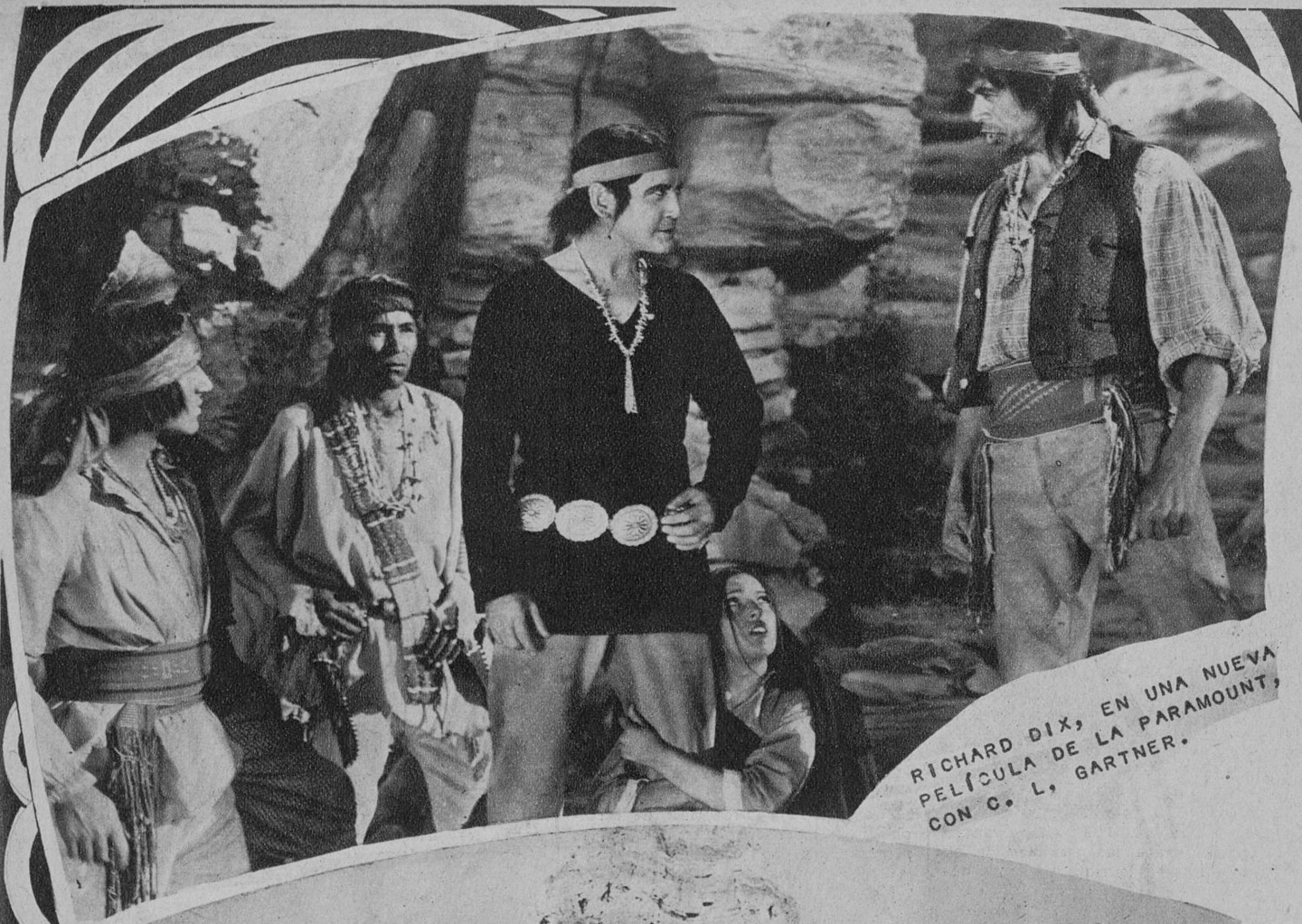
RICHARD DIX, EL FAMOSO ARTISTA,  
CON C. L. GARTNER, EN UN NUEVO  
FILM DE LA PARAMOUNT.



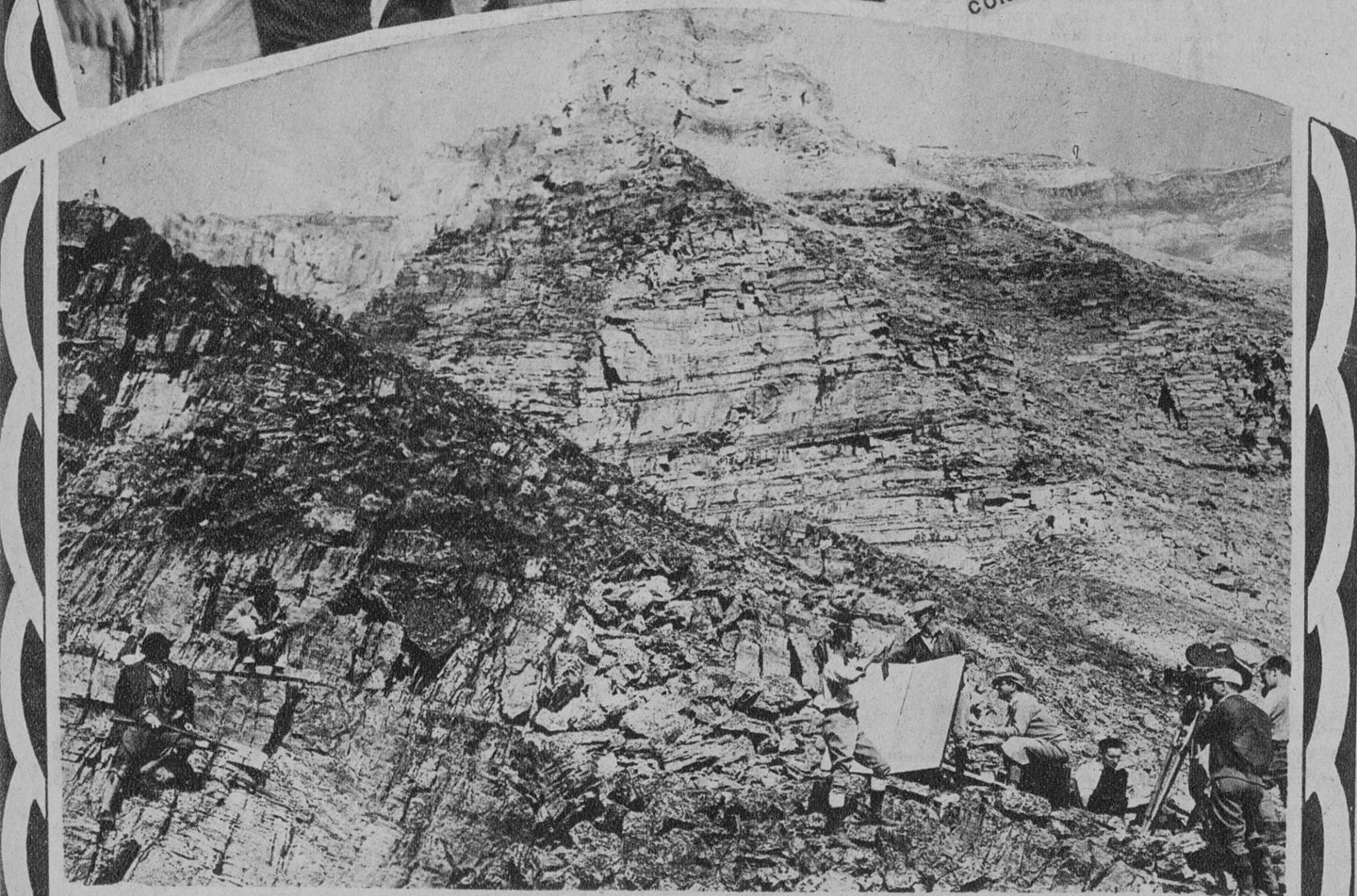
EL NOTABLE ACTOR DE CINE  
SIR HARRY LAUDER, INTER-  
PRETE DE "HUNTING TOWER"  
DE LA PARAMOUNT.



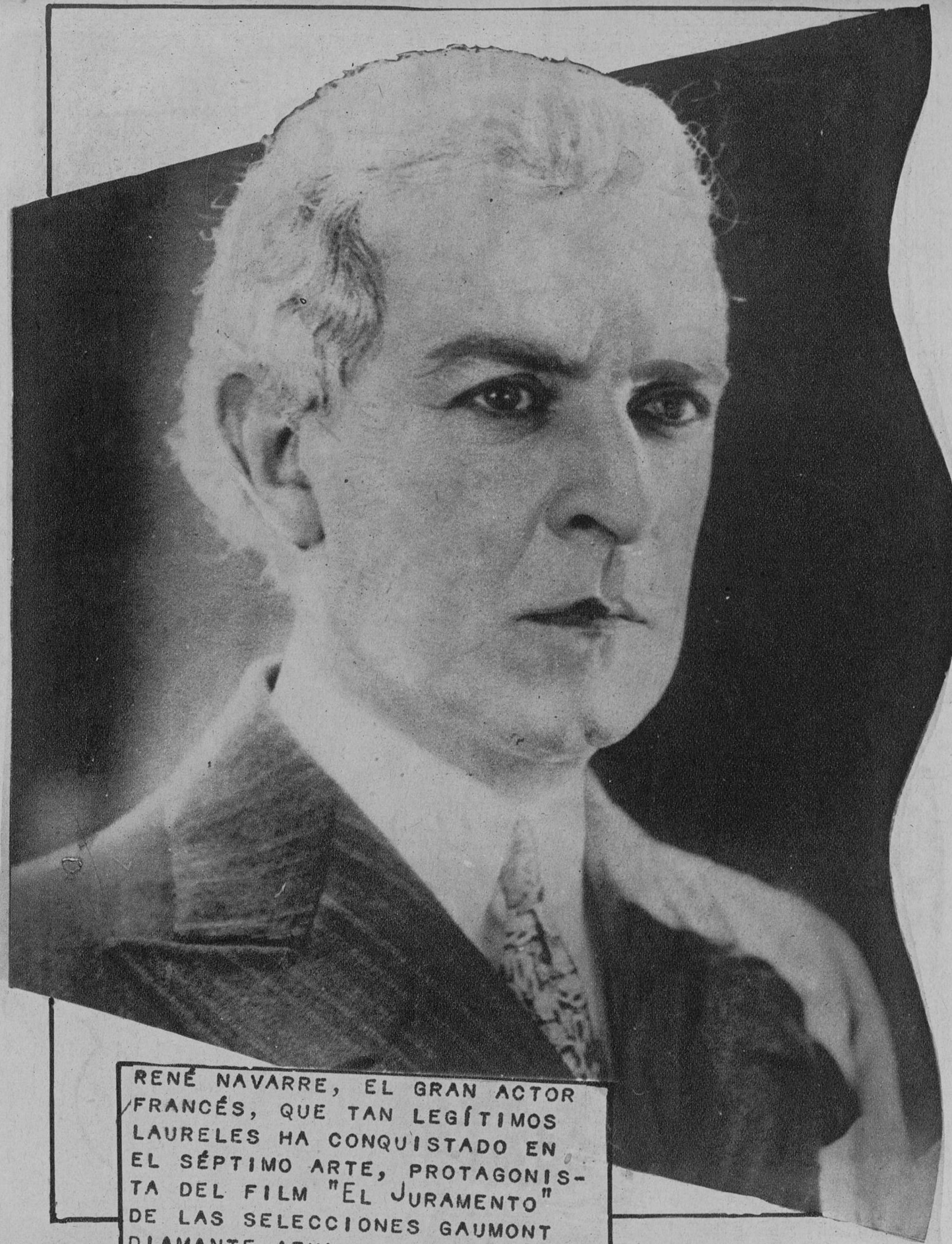
UNA ESCENA INTERESANTE DE  
"HUNTING TOWER" EN LA QUE  
INTERVIENE SIR HARRY LAU-  
DER, DE LA PARAMOUNT.



RICHARD DIX, EN UNA NUEVA  
PELÍCULA DE LA PARAMOUNT,  
CON C. L. GARTNER.



IMPRESIONANDO UNA ESCENA EN LAS GRANDES ALTURAS.



RENÉ NAVARRE, EL GRAN ACTOR  
FRANCÉS, QUE TAN LEGÍTIMOS  
LAURELES HA CONQUISTADO EN  
EL SÉPTIMO ARTE, PROTAGONIS-  
TA DEL FILM "EL JURAMENTO"  
DE LAS SELECCIONES GAUMONT  
DIAMANTE AZUL.

CINE RUSO

# LA CIUDAD DEL PECADO

El día 10 del que cursa, el «Colisé», el suntuoso salón de los Campos Eliseos dirigido por M. Maleville, que se transforma paulatinamente en cine de exclusivas, inauguró su nueva fórmula con uno de los films más característicos de la estación, «La ciudad del pecado».

Presentado este film en l'Empire al mismo tiempo que «Tempestad sobre Asia», «El Volga en fuego», «Las noches de Londres», «Miedo» y «Abajo los hombres», interesó vivamente al público profesional, que le reservó la acogida más cordial.

«La ciudad del pecado» producción de la Sowkino, puede calificarse entre los films más típicos de la nueva escuela rusa. La «mise en scènes» se debe a Olga Preobajenskaia, que nos obsequia con una vasta visión, un maravilloso cuadro de las costumbres de los campesinos rusos antes y después de la guerra.

Es una verdadera página de vida la que nos describe el realizador, el cual no se ocupa de nada más que de la verdad, dejando a un lado todo cuanto de superfluo y ficticio hay en el cine, y hay mucho.

Así, pues, «La ciudad del pecado» se desenvuelve completamente en el mismo cuadro; cuadro que, no obstante su parte pintoresca, deja un sabor áspero y en el que los personajes tienen un acento trágico conforme a sus instintos y a su destino. Una historia sencilla y vulgar, susceptible de desarrollarse, y que se desarrolla en todas las campañas del mundo, más agravada en la rusa por la morbosidad del alma eslava.

Sin negar lo que la parte subjetiva de «La Ciudad del pecado» pueda tener de particular el espectador desea y siente la excelencia de ciertas situaciones y la feroz energía de los personajes.

La técnica del film no es menos original que el motivo del mismo. Olga Presbrajenskaia no ha omitido detalle, por insignificante que sea.

Ha utilizado un estilo de la más grande sobriedad y ha conformado las imágenes al ritmo mismo de la vida.

Este respeto a la verdad estricta, que le arrastra a veces hasta darle cierta sequedad, se vuelve a encontrar en las escenas más libres y encantadoras, como la de los trabajos campesinos, la fiesta en la ciudad, la ceremonia de bodas, que son pruebas palpables de la maestría del realiza-

dor, al mismo tiempo que su sentido de la poesía de las cosas.

Se aplaudió mucho el maravilloso cuadro de la holganza que constituye una verdadera obra maestra de composición cinegráfica.

«La ciudad del pecado» está interpretada de una manera magistral por artistas que no tienen absolutamente nada de ficticio, defecto de que adolecen los profesionales. Estas gentes viven su papel más que lo desempeñan y nos dan la impresión de verdaderos campesinos. Esta sinceridad absoluta del juego cinegráfico es una de las marcas distintivas de la nueva escuela rusa y la que más nos seduce de ella.

No hay ninguna gran estrella en «La ciudad del pecado» y sin embargo, los artistas que interpretan los papeles principales son dignas de

codearse con las de más renombre. Citaremos a la conmovedora Zessarskaia en el papel de Anna, Pastrebitzky en el papel de Schironin y Babynin en el de Iván.

El gran público, cuyos juicios pesan mucho en la balanza de la crítica, suponemos que ratificará la opinión que los profesionales tienen de este film que nos ocupa. Film de excepción por el asunto y la técnica, «La ciudad del pecado» no puede dejar indiferente a nadie ni aun al profano en asuntos cinematográficos. A nosotros no nos queda más que dar las más efusivas gracias a la Pax Film por habernos revelado esta obra tan característica de un arte joven que todavía desconocemos.

B.

Paris.

## El drama del «Mont Cervin» en la Paramount

El día 23, para cuya fecha estaba anunciado, debió estrenarse en el salón de Paramount «El drama del mont Cervin», maravillosa producción de «La Luna Film».

La obra de Mario Bonnard tiene un valor documental de primer orden, puesto que nos recuerda las circunstancias de las dos primeras ascensiones al Cervin en 1865 por el alpinista inglés Whymper y el guía Carrel.

El asunto de por sí, es extremadamente dramático. ¿Ha hecho bien Mario Bonnard incorporándolo a una acción sentimental, que da la sensación de muy débil al lado del drama formidable de la montaña? Quizá desde el punto de vista del público, pero nosotros lo sentimos, por comprender que se le resta valor al verdadero documento.

Por otra parte las circunstancias sentimentales de la acción son discretamente evocadas y no desdican en nada del verdadero asunto, ni lo falsean, de ese asunto aplastante cual es la lucha por la montaña.

La realización de Mario Bonnard

es audaz. Las ascensiones, o más bien las tentativas de ascensión, ya que no llegamos a la cúspide del monte vertiginoso, están realizadas de mano maestra y nos permiten admirar extraordinarios paisajes de nieve y nubes pancromatizadas donde se reconoce la ciencia de los dos operadores que han intervenido, Willy Winterstein y S. Allgeier.

En el papel de Carrel volvemos a encontrar a Luis Trenker que ya se nos reveló como un gran artista en «La montaña sagrada» y que tiene una conmovedora máscara de trágico. El único papel femenino del film está desempeñado con muchísima gracia por Marcella Albani.

\*\*

«El Drama del Mont Cervin» es uno de los films que apasionan al público, tanto como cualquier documental, ya que está harto de fastidiosas y estúpidas elegancias, sempiternas historias y dramas de ambiente burgués o de music-hall.

W.

RECUERDOS DE OPERADOR

# Cómo entré en Tombuctú después de haber filmado un león en libertad

Dos días antes de partir el buque del puerto de Marsella, se me informó por la dirección que estaba designado para acompañar una misión que debía visitar el Africa Occidental francesa.

Cuarenta y ocho horas para procurarse lo más necesario, como trajes «ad hoc» para los trópicos, sin olvidar el casco colonial y los comprimidos de quinina, es decir, los más indispensables para un operador que sabe lo que lleva entre manos.

En Marsella tuve el placer de encontrar a mi amigo Czlipon, operador de Pathé Gaumont Metro Goldwyn, uno de los más antiguos reporters de actualidades y a Le Noan, de Pathé Revue, que iban de viaje.

El viaje entre Marsella y Dakar fué uno de tantos; completamente exento de interés.

Al séptimo día de navegación llegamos a Dakar y mientras la T. S. H. nos anunciaba que en París estaban a 14° nosotros disfrutábamos aquí de una temperatura de 30° a la sombra.

De Dakar a Bamako, por el Niger, capital del Sudan, hay cuarenta y ocho horas de ferrocarril de vía estrecha. Esta vía atraviesa países que nos hubieran parecido desprovistos de interés si no hubiera sido por la afluencia de indígenas que habían venido a ver pasar el tren ministerial; todos los negros en traje de gala estaban contenidos a distancia por los soldados senegaleses para los que la consigna es una segunda virtud.

En Bamako y durante la «comida ofrecida por la Cámara de Comercio al ministro, me enteré que Mr. Maginot me había designado para seguirle y filmar su viaje a través del Sahara.

Este favor lo debí más que nada a mi pequeña talla y reducidas dimensiones, ya que las plazas eran muy disputadas y yo resultaba el operador menos molesto de todos.

Al llegar a Niafunké, me enteré de que un colono poseía un león en libertad, llamado «Neron». Acompañado de dos periodistas, dije a un indígena que nos condujera cerca del león, sin darle más explicaciones, a lo que accedió gustoso.

Al cabo de dos kilómetros de marcha, como observáramos que íbamos dejando atrás las edificaciones, empezamos a inquietarnos acerca de don-

de nos iría a conducir nuestro benévolo «cicerone».

—Buscaré el león con ustedes, pero no sé si nos será posible verlo esta noche... es tan difícil...

Aquel «guapo» se creía lo menos que con nuestras cámaras y tripodes íbamos a intentar dar caza al león, en plena selva. ¡Casi nada!...

Desengañado por otro indígena que comprendía mejor nuestra lengua, volvimos nuestros pasos hasta la casa del propietario de «Neron».

Todavía recuerdo que penetramos en un inmenso corralón, y en ausencia del dueño, dirigíme a un indígena preguntándole si podría ver al león.

—¡Allí está! — me respondió.

Volvíme en la dirección indicada y vi la fiera durmiendo tranquilamente a cinco metros de mí.

El salto que di y mi fisonomía justificaron ampliamente el consejo del negro, que me dijo inmediatamente, luciendo dos sargas de niveles dientes, al reír:

—¡Oh, no es malo, no tenga usted miedo.

El deseo del reportaje, es preciso que se nos reconozca esa justicia, domó nuestra legítima aprensión, lo que me permitió hacer algunos clichés y rodar al tranquilo «Neron».

De Niafunké a Tombuctú, hay dos días de viaje por el Niger. No se crea por eso que Tombuctú está cerca del río, sino a cinco o seis kilómetros. Llegase a ella por una especie de canal en forma de laberinto, que, os conduce hasta un desembarcadero, desde el cual es preciso hacer todavía tres kilómetros por tierra firme para llegar a la ciudad propiamente dicha.

A las 6 de la mañana, el comandante Fouré, gobernador de Tombuctú, nos esperaba y subía a bordo del «Marechal-Gallieni» donde el gobernador general Cande le daba la orden de volver a Tombuctú en compañía del operador cinematográfico y de los dos periodistas, para que pudiéramos filmar y relatar con facilidad la entrada del ministro en la ciudad.

Cuando llegáramos cerca de ésta, el comandante, que nos explicaba los numerosos preparativos que había hecho ejecutar para recibir dignamen-

te al ministro, se detuvo bruscamente y exclamó al percibir a lo lejos a los artilleros que nos aguardaban:

—Ya que esos morteros no tiran, me veré precisado a hacer las salvas reglamentarias con veintidós cohetes que hace tiempo tengo guardados.

Apenas había dicho aquellas palabras cuando, equivocadamente por la llegada de nuestro auto, que los artilleros creían precedía al cortejo ministerial, se oyó el primer cañonazo.

—¡Idiotas! — exclamó el comandante: no es el ministro.

Luego, un segundo cañonazo turbó la tranquilidad. Aquel fué el golpe de gracia para el comandante que se quedó en el fondo del auto anochado y deseando que la tierra se le tragara, mientras yo hacía una serie de signos más o menos cabalísticos a los artilleros para intimarles a que suspendieran su fuego honorífico.

Llegamos, por fin, donde estaban, y les hicimos comprender su error; aunque no dejaba, yo por lo menos, de experimentar cierta satisfacción y estar orgulloso al recordar que mi entrada en Tombuctú fué saludada por dos cañonazos. El ministro, que llegó un poco después, no se dio cuenta de que en los honores rendidos sólo habían disparado diecinueve cañonazos.

Permanecimos en Tombuctú solamente dos horas, pero tuvimos una recepción inolvidable. Dos días después, estábamos en Gao y allí tomamos los autos para la travesía del Sahara.

G. BAYE

## Nuevo film de George O'Hara

Una nueva película de la «Radio Pictures», que se debe a la pluma de George O'Hara, y ha sido llevada ya a los Estudios de la RKO. Con ésta son ya 19 películas escritas por O'Hara asociado con Mal St. Clair como director.

O'Hara, que recientemente escribe para el cine, hizo su debut como escritor bajo la dirección de St. Clair en los Estudios de Mack Sennet, hace algunos años; a su pluma se debe también a la película de la Paramount Pictures «The Canary Murder Case» y «Beau Brodway», de la Metro Goldwyn Meyers.

# ACTUALIDADES CINEGRAFICAS

## UN CONTRABANDISTA AUTENTICO

Cuando se realizaba "La joven de alencia" en Mallorca, el "metteur en scène" Alfred Zeisler tuvo necesidad, para el desempeño de un papel episódico, de un tipo de contrabandista.

Desde que llegó a la isla se puso a buscar con ardor el tipo deseado, pero siempre sin éxito, hasta que un día el actor español De Pomés, que formaba parte de la troupe, fué a anunciarle, radiante de júbilo, que había encontrado lo que necesitaba. Hacia el mediodía presentose el nuevo artista, que tenía un verdadero aire de contrabandista. Se rodó la escena, y como es natural, dió tres y raya, en lo que para él era una verdadera profesión, incluso al director.

El "metteur en scène", intrigado, se preguntaba de dónde demonio había sacado De Pomés aquel magnífico ejemplar, cuando éste vino a desvanecer sus dudas:

—Gracias a su complacencia y galantería acaba usted de rodar a un contrabandista verdadero... ¡Acaba de extinguir la condena de tres años que le impuso el tribunal!...

## "THE SPANISH ARMIDA"

Así llaman los americanos a una joven española, bellísima y elegante, de profesión bailarina, que actuaba en las revistas más ruidosas que se presentan en Broadway, hasta que un día fijóse insistentemente en ella Gus Edwards y la llevó a Hollywood. Llegar y poner el país en conmoción, fué cosa de un momento; pero cuando se armó la de San Quintín fué cuando lució sus dotes como bailarina, en un teatro..., llegando su fama del Atlántico al Pacífico en un periquete y extendiéndose por todo el país con una rapidez fulminea.

Inoramos en este momento cuál sea el verdadero nombre de esta hermosa y sugestiva joven, que hasta este momento desconocíamos y emitimos todos los elogios que la Prensa americana dedica a miss Armida o miss Armada o ¡Miss la que se va a armar!

Porque esta niña arma una revolución en los vastos territorios del tío Sam...

¡Ya lo creo "que la arma miss Armida!"

## DOS "PUNTOS" DE CUIDADO

En Newark fueron detenidos por dos detectives los notables malabaristas de la poca vergüenza señores L. Siebert y Robert Farrow, que se dedicaban a la innoble tarea de realización y venta de films obscenos, para lo cual disponían de talleres secretos.

Para cazar a este par de pájaos, dos hábiles detectives fingieron compradores, y adquiriendo dos films de los mencionados sujetos, que importaban la suma de 275 dólares, entregaron 200 en el acto, y el resto, a entregar dos días después. Como la moneda que entregaron estaba toda ella convenientemente marcada, los susodichos sujetos no pudieron negar su participación en la venta, ya que ésta se efectuó en un automóvil en marcha y en deshabitado.

Han ingresado en la cárcel los aprovechados ciudadanos, y han sido recogidos todos los films que tenían en sus respectivos domicilios.

¡Duro con ellos! Y no se olviden tampoco de las "estrellas" que hayan tomado parte en el rodaje de tan asquerosos films.

El cine es un arte consagrado por todo el mundo y está muy por encima de lo que cuatro desvergonzados quieran hacer de él, maleándolo de este modo tan lamentable...

Es muy posible que los actores y firmas de los Estados Unidos tomen parte en el asunto para proceder contra estos desaprensivos individuos y procurar no se repitan tan lamentables hechos.

## EL BRAZO DERECHO DE HAROLD

Francis T. Whalen, el hombre que piensa las cosas más raras y los trucos más divertidos, que después pone en ejecución Harold Lloyd, tiene, no obstante, en su casa un humor endiablado, según acaba de declarar su esposa, la excelente artista de vaudeville, Judy King, ante el juez, como un descargo en su petición de divorcio.

Los tribunales le obligan a pasar a su esposa la cantidad de 250 dólares mensuales.

Y ahora, el pobre señor se ha dado cuenta de que estaba enamoradoísimo de su mujer; ella era la que le inspi-

raba todos esos trucos geniales que tanto nos regocijaban...

Y está triste, pensativo... ¡Lo sentimos por Harold!

## FIN

Blanche Sweet en sus ratos de ocio aprende a tocar la guitarra, desde que volvió de Inglaterra...

Miss Sweet tiene un gatazo, negro, de terciopelo, al que atribuye virtudes sobrenaturales..., porque la chica es supersticiosa.

El primer concierto de guitarra se la dió en el jardín al mencionado gatito...

Hizo bien en elegir este oyente, porque si por casualidad le da el concierto a su hermoso foxterrier... ¡La que se arma!

## Un gran film dramático

J. de Baroncelli ha producido un film de gran intensidad dramática, digno de la fama de este escritor. Esta película en la que, sin ser un film de guerra, la aviación tiene un importante papel ha sido interpretado por dos artistas eminentes designados por el propio Baroncelli, que es director y autor del argumento a un tiempo. Son los primeros el consagrado actor Gabriel Gabrio, el inolvidable protagonista de «Los miserables» y la gentil Mady Christians, cuyo talento iguala a su belleza. En estas circunstancias, no es aventurado afirmar que la presentación de «El duelo», título que se ha dado a esta cinta en su adaptación, constituirá un gran éxito para la casa Gaumont, distribuidora del mismo.

Mady Christians no se había elevado nunca en aviación y tenía alguna aprensión hacia este moderno sistema de transporte, pero durante la filmación de «El duelo», que presentan las Exclusivas Gaumont, inducida por su director, M. Jacques de Baroncelli, efectuó varios vuelos con los aparatos empleados para la filmación de esta cinta, cuyo asunto es la rivalidad de dos aviadores enamorados de la misma mujer. La gentil artista se declaró cada vez más encantada de las ascensiones efectuadas y desde entonces es una entusiasta del deporte, que permite cruzar los espacios en rudo vuelo y contemplar la pequeñez de la tierra desde el azul del cielo.

# NORMA SHEARER

Norma Shearer cruzó las manos tras la cabeza y se recostó muellemente en la butaca.

—Es la personalidad, según mi modo de entender, el factor más importante en nuestra profesión, — dice. —Si no hay personalidad definida, es inútil cuanto se haga en cuestión cinematográfica. Es preciso tener en sí misma una confianza ciega y una dosis enorme de vanidad para atreverse a empeñar una lucha en la que las posibilidades de vencer, son tan débiles.

Y al decir esto sonreía con placidez.

—Tan pronto como desembarqué en Hollywood, creí que, una vez conocida mi llegada, directores y productores se apresurarían a reconocer mi talento y a solicitar mi concurso... ¡Pronto tuve la prueba de lo contrario! Mi presencia dejó completamente indiferentes a esos señores y pasó ni sé el tiempo antes de que alguien se enterara de mi existencia. Por tanto, tuve que contentarme con seguir trabajando de comparsa o desempeñando papeles insignificantes hasta el día en que mi tenacidad fué recompensada y el éxito dignóse sonreírme.

Un éxito bien merecido seguramente. Miss Shearer está ante nosotros, sonriente, graciosa y fresca como una flor salvaje. Es una mujercita encantadora. La ironía brilla en sus ojos, ironía que ejerce para sí, para el mundo en general, para el cine particularmente. Hay también cierta dureza en su mirada, una expresión de voluntad que es después de todo, esta cualidad, la que la ha hecho persistir hasta el éxito. Mirándola detenidamente, uno se la imagina oprimiendo los dientes y diciendo: «Es preciso que llegue. Es necesario que les muestre de lo que soy capaz.»

—A menudo debemos hacernos pesadas al público ya que no es sólo de nuestro físico de lo que hemos de lo que hemos de cuidar, — continúa: — Cada quilo de peso que ganamos o perdemos tiene su importancia y no podemos ni permitirnos siquiera tener el aire fatigado; nuestras ropas tienen una gran importancia, no tanto, no obstante, como nuestro estado de alma. Tenemos que someternos a una especie de disciplina mental, porque la pantalla registra todo.

«Dos meses antes de empezar a rodar el film «Viejo Heidelberg», Mr. Lubitsch me explicó el papel que tenía que desempeñar.

«La heroína es excesivamente inocente, — me dijo. — ¿Es usted inocente?»

«Me quedé sin saber qué responder. ¿Cómo saber si una es inocente? A esta pregunta hecha a boca de jarro no supe más que tartamudear algo que desde luego distaba mucho de ser la respuesta categórica que de mí esperaba... creo que dije que «procurar:» serlo.

«¡Bien! — me dijo con la preocupación reflejada en su rostro, — quiero que sea usted inocente, sobre todo en sus pensamientos, y su mirada. Es necesario que hasta que comencemos por lo menos el film, deje usted de ir a teatros, cines, brillar en el mundo... Viva retirada como una mujer sin pretensiones; no piense más que en cosas puras. Trate de hacerse la mentalidad de un niño que nada sabe de la vida.»

—¿Hizo usted todo eso Miss Shearer? — «Traté de hacerlo — dijo. — Todas las veces que iba de «soirée», volvía temprano a casa diciendo para mis adentros: «¡Esta es la última vez! ¡No saldré ya más antes de haber rodado este film!»

«Cuando empezamos a trabajar, tenía un miedo terrible — continuó. — Soy muy vergonzosa o miedosa o no sé lo que soy ¿sabe?... En efecto, había oído algo de eso. El miedo de Norma ha llegado a ser una superstición más entre los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Todo el mundo sabe que antes de hilvanar una nueva producción, aparece Norma en el estudio. Lleva leído el manuscrito y viene a decir a los directores que no puede desempeñar el papel que se le ha reservado. No quiere darles un fiasco, asegura, deshecha en un mar de lágrimas, y está completamente segura de no tener éxito. Ruega a esos señores que la excusen. Siguen las protestas acompañadas de sollozos; se la aconseja... se la calma, hasta que por fin, acaba decidiéndose, pero es tal su miedo que todas las primeras escenas hay que repetir las.

De pronto, se pone a trabajar con ardor, se empapa bien de su papel y

todo sale a pedir de boca. Se nos ha asegurado que siempre hace lo mismo en el estudio, y que todo el mundo dudaría del éxito de una producción si obrara de otro modo diferente.

—Supongo que todo eso forma parte del carácter, — nos dice. — Aunque en el fondo de nuestra alma tengamos la convicción de lo que somos capaces de hacer, no por eso dejamos de experimentar una penosa depresión al tener conocimiento de nuestros límites. A veces esta certidumbre nos domina hasta el extremo de paralizarnos.

«Un día, cuando terminé el trabajo, Lew Cody se me aproximó y me dijo: Norma, acaba usted de cometer una falta hace un momento. No se debe dejar arrastrar por esas nerviosidades. Al público no le gusta eso y su reputación podría resentirse.»

«Pero — respondí — lo que yo trato es de meterme en la piel de mi personaje y no puedo conseguirlo cuando siento sobre mí las miradas de muchas personas y hasta las críticas que sobre mi trabajo hacen. ¿No estoy en mi derecho al rogar a mis directores que cesen de mirarme?»

—Su derecho, Norma, — respondí seriamente W. Cody—es dominar sus nervios.

«Creo que tenía razón. Debo conservar el imperio sobre mí para poder, cualquiera que sean las circunstancias, hacer lo que de mí se espera y hacerlo del mejor modo posible. Supongo que esto es una cuestión de disciplina.»

Interumpióse de pronto para preguntarme como encontraba su habitación. Momentáneamente habitaba en un hotel de Beverley-Hills, cuyas ventanas y balcones daban a las colinas vestidas de exuberante vegetación, doradas por un sol que ya iba hacia su ocaso.

Norma Shearer, es, según se ve, una estrella muy sobreaviso y que no olvida nada de lo que concierne a su profesión. Sin embargo, de cuando en cuando, es ve en sus ojos un destello de malicia y su sonrisa irónica se dibuja cuando menos se espera.

¡Deseo ardientemente que nunca la vida le haga perder tan delicada característica!

M. G.